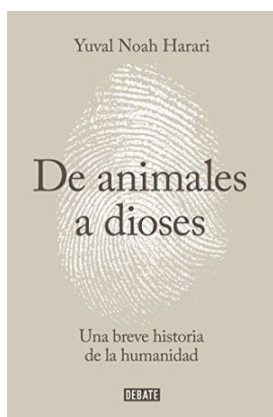


LOS ANIMALES ENDIOSADOS

Yuval Noah Harari, *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*. Trad. De Joandomènec Ros. Barcelona, Debate, 2014.

ANA SOFÍA PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER
(Universidad de Cádiz)



Título imprescindible para el devorador de ensayos divulgativos de amplio espectro cultural es *De animales a dioses*, la última obra del historiador judío Yuval Noah Harari (n. 1976). Sólo un año ha tardado este libro, originalmente publicado en lengua hebrea, en ser traducido a más de 20 idiomas y conquistar el interés del público en los respectivos mercados. ¿El mismo nivel de interés? Si nos atenemos a la información que encontramos en la red el éxito en Israel ha sido del nivel de un *bestseller*; en Wikipedia encontramos una entrada escueta pero bien hecha en inglés; en lengua española, en cambio, no hay entrada original (nuestra Wikipedia es más modesta y de andar por casa), si bien se encuentran con facilidad reseñas críticas muy bien elaboradas, como las de Carlos Martínez Shaw en *El País*, Pablo Jáuregui en *El Mundo*, Juan Malpartida en *ABC*, o Álvaro López Franco en *Descubrir la Historia*.

Harari se inició como experto en historia medieval y militar, para posteriormente abordar un proyecto tan ambicioso como es afrontar la historia de la humanidad, del Homo Sapiens, en un libro que no llega a 500 páginas (índices y notas incluidos). El autor aspira a conjugar los saberes humanísticos con los conocimientos científicos, lo que trae a la memoria otro ensayo notable del biólogo Edgar O. Wilson: el que se titulaba *Consilience. La unidad del conocimiento* (1998). Pero Harari ofrece una visión más trabada e integradora, un nuevo relato tan absorbente como sintomático del momento histórico en que estamos. Es la suya la visión de un relativista escéptico y un ecologista militante que se sitúa más allá del humanismo, de la concepción del ser humano como pieza central por derecho en el devenir del planeta. Y esto siempre genera suspicacias.

La monografía de Harari se abre con un índice histórico-temporal que va desde la aparición de la materia y la energía, hace 13.500 millones de años, pasando por la formación del planeta Tierra y la aparición de la especie Homo sapiens en África oriental (hace 200.000 años), hasta las perspectivas de futuro que nos abre nuestro presente a partir de los avances tecnológicos.

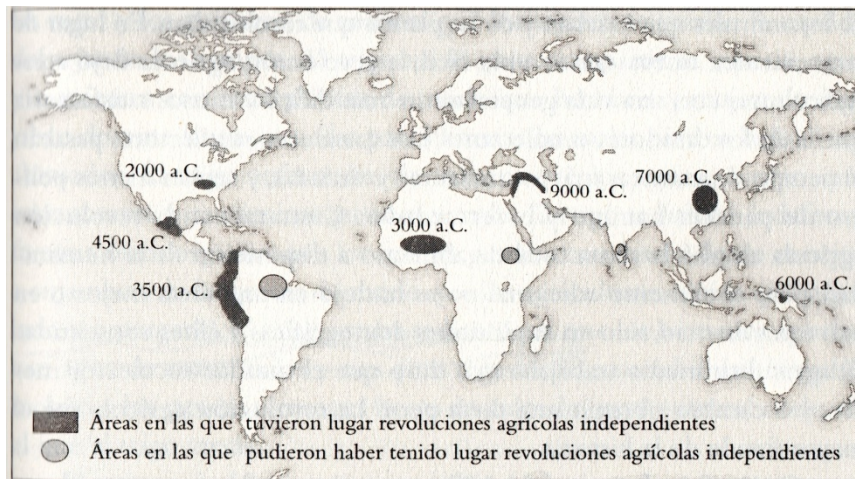
La primera nota original de Harari es la distinción de tres grandes hitos en la evolución de la especie que son los que articulan su ensayo: la revolución cognitiva, la revolución agrícola y la revolución científica. Tres hitos que permiten al autor proponer una visión distinta y aun polémica del secreto del éxito de la especie humana: lo que nos ha convertido en lo que somos es una disposición a colaborar basada en la capacidad de generar mitos, mitos que generamos nosotros y que nos sirven para dotarnos de cohesión y propósito. Pero vayamos por partes.

A partir de la revolución cognitiva, un homínido como cualquier otro, “un animal sin importancia”, evoluciona genéticamente hasta desarrollar conciencia de sí mismo y de su entorno, y con ello una nueva forma de pensamiento y comunicación con la que comienza a elaborar estructuras complejas que denominamos culturas. Eso sucedió hace 70.000 años. Nace entonces homo sapiens sapiens, una criatura configurada como un procesador verbal, simbólico y conceptual que duplica, o más bien “replica”, la realidad desde su conciencia perceptiva. Dicho de otro modo, homo sapiens se instala en la ficción. Harari sintetiza en esta tabla lo que ocurrió en la revolución cognitiva (ed. cit., p. 51):

Nueva capacidad	Consecuencias más generales
La capacidad de transmitir mayores cantidades de información acerca del mundo que rodea a <i>Homo Sapiens</i> .	Planificar y ejecutar acciones complejas, como evitar a los leones y cazar bisontes.
La capacidad de transmitir mayores cantidades de información acerca de las relaciones sociales de los sapiens.	Grupos mayores y más cohesivos, que llegan a ser de hasta 150 individuos.
La capacidad de transmitir información sobre cosas que no existen realmente, como espíritus tribales, naciones, sociedades anónimas y derechos humanos.	a) Cooperación entre un número muy grande de extraños. b) Innovación rápida del comportamiento.

El siguiente cambio cualitativo sobrevino hace 10.000 años y fue la revolución agrícola o neolítica. Los sapiens dejan de poner su supervivencia en manos del azar (la caza, la pesca, la recolección) para pasar a manipular la naturaleza: aprenden a controlar la vida de unas pocas especies de animales y plantas y pasan con ello de una vida nómada o seminómada a una vida sedentaria en núcleos de población cada vez mayores. Surgen con ello las ciudades-estado, las transacciones económicas complejas y la escritura como un sistema de “memoria externa” para almacenar grandes cantidades de información sin que se alteren los datos.

Contra lo que pudiera creer un lector no actualizado que cuente con una edad de medio siglo o más, la revolución neolítica no surgió en un único espacio geográfico (Mesopotamia) desde donde irradiaría a los demás, sino que se fue produciendo, de manera independiente y en un arco amplio de tiempo, en diversos lugares del planeta que son precisamente aquellos donde vivían las especies óptimas para ser “domesticadas”: el trigo, el arroz, el maíz (fig. p. 97):



Harari, más antropólogo que historiador, se despega de los viejos relatos eurocéntricos, pues no considera la historia universal desde el punto de vista de la preeminencia cultural de unas civilizaciones sobre otras, sino como confluencia de azar y necesidad, problemas y soluciones, perspectivas y medios, en la generación de nuevos contextos relacionales.

Contra el relato normalmente aceptado, Harari sostiene que la adquisición de la agricultura no supuso un “gran salto adelante para la humanidad”:

Este relato es una fantasía. No hay ninguna prueba de que las personas se hicieran más inteligentes con el tiempo. Los cazadores-recolectores conocían los secretos de la naturaleza mucho antes de la revolución agrícola, puesto que su supervivencia dependía de un conocimiento cabal de los animales que cazaban y las plantas que recolectaban. En lugar de anunciar una nueva era de vida fácil, la revolución agrícola dejó a los agricultores con una vida generalmente más difícil y menos satisfactoria que la de los cazadores-recolectores. Los cazadores-recolectores pasaban el tiempo de maneras más estimulantes y variadas, y tenían menos peligro de padecer hambre y enfermedades. Ciertamente, la revolución agrícola amplió la suma total de alimento a disposición de la humanidad, pero el alimento adicional no se tradujo en una dieta mejor o en más ratos de ocio, sino en explosiones demográficas y élites consentidas. El agricultor medio trabajaba más duro que el cazador-recolector medio, y a cambio obtenía una dieta peor. La revolución agrícola fue el mayor fraude de la historia (p. 98).

Esta visión entronca hasta cierto punto con la nostalgia romántica de la fusión primordial del hombre con la Naturaleza, y nos trae a la memoria, por ejemplo, las observaciones que hizo el novelista Luis Berenguer (1923-1979) a propósito de su novela *El mundo de Juan Lobón* (1967), inspirada en un cazador furtivo de la serranía de Cádiz en el tramo que va desde antes de la guerra civil hasta los años del desarrollismo franquista. El conflicto del cazador libre, del hombre libre, venía, según pensaba Berenguer, del código de Hammurabi, es decir, del triunfo de los modelos sociales y legales de la revolución neolítica y sus consecuencias. Harari, como Berenguer, es un heredero de la concepción rousseauiana del buen salvaje, que a su vez actualiza, en plena Ilustración, el arquetipo del Paraíso Perdido.

En otro orden de cosas, Harari propone una pregunta interesante, en una línea antifrástica: ¿fue el hombre el que domesticó el trigo o más bien fue el trigo el que domesticó al hombre? Y es que, haciendo una “arqueología del lenguaje” muy del gusto de los filósofos, “El término ‘domesticar’ procede del latín *domus*, que significa ‘casa’. ¿Quién vive en una casa? No es el trigo. Es el sapiens” (p. 99). La gran paradoja estructural es que sapiens es a su vez el mayor predador del planeta, un “serial killer” que no solo ha contribuido a la extinción masiva de especies animales sino también a la deforestación total, y ello a lo largo de todas las revoluciones de su historia.

Esta línea de argumentación conduce a Harari a cuestionar la inteligencia de una criatura que se deja atrapar en las supuestas ventajas de una supervivencia aparentemente más fácil y garantizada por la previsión, en sistemas de gobierno que suponen la explotación del trabajo de una mayoría por parte de una minoría, y en una codicia creciente que resulta tan ingeniosa como (auto)destructiva. En efecto, la capacidad de generar ficciones cohesivas explica la aparición del dinero: una revolución mental “que solo existe en la imaginación compartida de la gente. El dinero no son las monedas y los billetes. El dinero es cualquier cosa que la gente esté dispuesta a utilizar para representar de manera sistemática el valor de otras cosas con el propósito de intercambiar bienes y servicios” (p. 200). El dinero, una invención derivada de la revolución neolítica hace unos 5.000 años, permite a la gente comparar el valor de bienes distintos, lo que facilita un intercambio fluido y un almacenamiento conveniente de la riqueza. Esta invención se universaliza cuando surge la acuñación de moneda hace 2.500 años. El éxito del dinero descansa en la confianza, en la creencia compartida en una ficción. Es, por ello, “el más universal y más eficiente sistema de confianza mutua que jamás se haya inventado” (p. 203). El siguiente salto cualitativo es la invención del crédito, que dará lugar al capitalismo en sintonía con la tercera revolución en que está implicado el homo sapiens: la revolución científica.

La revolución científica se inicia hace 500 años, en pleno Renacimiento, cuando el ser humano concibe la creencia en su capacidad para obtener nuevos poderes mediante la investigación. Un hecho que cambia la perspectiva humana es el descubrimiento de América: había un “plus ultra”, y un plus ultra que era un nuevo continente desconocido, nunca previsto por los sabios de la Antigüedad. Lejos de conformarse con visiones del mundo estáticas, reducidas a lo revelado en algún texto sagrado, inamovible y canónico, el hombre se enfrenta a su ignorancia y asume, a medida que descubre más cosas, su capacidad de error y, con Galileo y Copérnico, su posición no central en el universo. Ciertamente, como observa Harari, “Las tradiciones premodernas del conocimiento, como el islamismo, el cristianismo, el budismo y el confucianismo, afirmaban que todo lo que era importante saber acerca del mundo ya era conocido. Los grandes dioses, o el único Dios todopoderoso, o los sabios del pasado, poseían la sabiduría que lo abarca todo, que nos revelaban en escrituras y tradiciones orales” (p. 279). Por el contrario, la ciencia moderna parte de la asunción de la ignorancia colectiva en relación con las cuestiones más importantes. Esta disposición a someter a la crítica las creencias heredadas y volcarse en la observación se suma a la centralidad de las matemáticas como disciplina que permite conectar las observaciones en teorías generales. Más allá de la postura en principio especulativa del racionalismo, el empirismo desarrolla una actitud pragmática: las teorías matemáticas son la base para desarrollar nuevas tecnologías con las que controlar el mundo. Así empieza homo sapiens a confiar en la posibilidad de un progreso material indefinido.

En esta tercera fase del devenir humano se produce un bucle de retroalimentación entre la investigación científica, el poder político y los recursos económicos: la ciencia, para producir progreso, depende de la inversión en investigación, y los nuevos poderes potencian la investigación para así perfeccionar la explotación de los recursos.

El peligro que señala Harari, en esta revolución científica, estriba en la aspiración de la humanidad a romper la barrera de la muerte mediante la manipulación genética del ADN, con lo que la ciencia se arrogará la función divina, la creación de la vida. No es algo que a estas alturas nos resulte impensable, ni mucho menos. A esta empresa de modificar la especie, a este afán de ir más allá de los límites del homo sapiens natural, lo denomina Harari, tomando pie en la mitología sumeria, el Proyecto Gilgamesh, y su temor estriba en que estas posibilidades se abran no ya para la humanidad en general sino para las élites privilegiadas, que de este modo podrían “someter” o “esclavizar” en su propio beneficio al sapiens normal y corriente, de modo que unos aspirarían a la inmortalidad y otros sobrevivirían alienándose con distracciones como la droga o el juego. Con este paso el ensayo de Harari toma una deriva de distopía futurista con la que la crítica, en general, se encuentra incómoda.

Más incomodidad aún ha generado la visión que tiene Harari de la capacidad de “ficción” colectiva que tiene el ser humano, puesto que en esta categoría de “orden imaginado” entran tanto las religiones que prometen un más allá como las ideologías que prometen un más acá: el comunismo, el capitalismo, el individualismo, la creencia en los derechos fundamentales del hombre. Sostiene Harari que el orden imaginado (sea el que fuere) está incrustado en el mundo material que el ser humano moldea, y que el orden imaginado moldea nuestros deseos:

La mayoría de las personas no quieren aceptar que el orden que rige su vida es imaginario, pero en realidad todas las personas nacen en un orden imaginado preexistente, y sus deseos están modelados desde el nacimiento por sus mitos dominantes. Por lo tanto, nuestros deseos personales se convierten en las defensas más importantes del orden imaginado (p. 134).

Realmente, el análisis de Harari puede resultar muy perturbador, como demuestra el arco de valoraciones de la crítica. Así, por ejemplo, Carlos Martínez Shaw señala que le resulta difícil compartir la homologación que hace Harari entre mitos religiosos y Declaración de los Derechos Humanos: la postura del crítico, a favor de los Derechos Humanos, le lleva a considerar que la visión de Harari favorece la crueldad biológica por encima de la bondad ética (*El país*, 18/09/2014). Más objetivas nos parecen las lecturas de Pablo Jáuregui, Juan Malpartida y Álvaro López Franco, que advierten lo que el libro de Harari tiene de hoja de ruta para enmendar errores, para evitar que nuestros órdenes imaginarios nos lleven a confrontaciones suicidas o a una escalada del deseo consumista que termine de agotar y destruir nuestro medio natural.

En última instancia, Harari nos confronta con algo que, paradójicamente, es bien conocido por las más antiguas tradiciones de la sabiduría: la imagen que tenemos del mundo es siempre una ilusión, independientemente de de dónde provenga o quién la cree. Si aceptamos que esta ilusión es fruto de nuestra imaginación humana, el reto consiste en imaginar un orden mejor y lograr realizarlo más allá de nuestros impulsos de predación, crueldad y codicia. Es una cuestión de voluntad y compromiso.

Dicho en términos literarios, que sin embargo resultan muy ajustados al pensamiento de Yuval Noah Harari, se trata de elegir con qué ficción pactamos. Si el pacto de la ficción consiste, en términos de T. S. Eliot, en la “deliberada suspensión de la incredulidad” (*willing suspension of disbelief*), más que escandalizarnos por el hecho de que todo sea un simulacro, deberíamos forjar y elegir el mejor simulacro posible en términos de moral empirista: el mayor bien, para la mayoría de seres no ya humanos (que esto es el humanismo) sino vivos. Y un bien que, desde luego, no estriba solo ni fundamentalmente en la satisfacción del deseo material: “el hallazgo más importante de todos es que la felicidad no depende realmente de condiciones objetivas, ni de la riqueza, la salud o incluso la comunidad. Depende, más bien, de la correlación entre las condiciones objetivas y las expectativas subjetivas. [...] Profetas, poetas y filósofos se dieron cuenta hace miles de años que estar satisfecho con lo que se tiene es mucho más importante que obtener más de lo que se desea” (pp. 419-420).

De animales a dioses no solo es un ensayo original, brillante y provocador, sino un libro lleno de sabiduría que conviene leer con el mejor espíritu ilustrado. “Sapere aude”, que decía E. Kant en palabras de Horacio. Atrévete a saber.